

sólo puede dar noticias algo atrasadas, porque han muerto en un naufragio los últimos Procuradores que iban de Méjico. Luego prosigue con estas palabras: «Las noticias que yo tuve el año de 1712 se reducen a que se hallaban en California seis sacerdotes y un Hermano coadjutor, habiéndose sustentado y sustentándose entonces de limosnas de la mucha piedad y celo de algunos particulares de la Nueva España, y que aunque Su Majestad fué servido de consignar 6.000 pesos anuales para aquella misión, éstos los consumen y aplican los jesuítas a la manutención del presidio de veinte soldados y a las embarcaciones, que eran una fragatilla y dos lanchas, de que necesitan para el transporte y comunicación con Nueva España... Ya han conseguido tener cuatrocientas cabezas de ganado mayor, que esperan se aumentarán; asimismo, ingeniándose los Padres, han hallado algunos valles capaces para sembrar trigo y maíz, y con presas que forman en qué detener las aguas para los riegos han principiado a levantar algunas cosechas no despreciables, instruyendo a los naturales en el cultivo. Escriben con gran consuelo en medio de sus trabajos. Son seis las misiones establecidas hasta entonces» (1).

En los años siguientes el P. Salvatierra fué ordenando y asegurando cada vez más, no solamente lo espiritual de la misión, sino también el estado económico de la misma. Habíase calculado que un misionero podría sustentarse cómodamente con 500 pesos anuales. Poniendo, pues, a interés de 5 por 100 un capital de 10.000 pesos, podría producir lo bastante para sostener una misión. El Marqués de Villapiente fundó de este modo tres misiones. Con los donativos de otros bienhechores de la Compañía se pudo redondear la fundación de las otras tres, aunque siempre se habían de padecer grandes privaciones y no pocas penalidades para vivir en una tierra tan estéril y sobre todo para sustentar a los neófitos, que tenían muy buen apetito, pero muy pocas ganas de trabajar. Oigamos al P. Venegas el sistema de alimentación que distribuían [los misioneros en aquellos primeros años.

«Al principio sustentaban los Padres a todos los indios que se juntaban en los pueblos, a trueque de que no anduviesen vagando por los montes y pudiesen ser instruidos en la fe, convirtiéndose en esto las limosnas de los bienhechores en gran parte. Des-

(1) Archivo de Indias, 67-3-28.

pués de reducidos, no siendo posible sustentarse a todos, ni tampoco reducirlos en muchas partes a hacer sementeras, ya por la improporción de la tierra y falta de aguas, ya por su brutalidad y holgazanería entrañada, con que todo lo abandonan, se ha tomado el método siguiente. En primer lugar se mantienen por el misionero los gentiles que vienen a catequizarse o de su voluntad o buscados, hasta algunos meses después de haberse bautizado y dado pruebas de su instrucción y firmeza en la fe. Dáseles por mañana y noche ración de *atole*. Así llaman las poleadas o gachas de maíz cocido y después molido, desleído en agua y puesto otra vez al fuego. Al mediodía se les sirve ración de *pozoli*, que es el maíz cocido y juntamente carne fresca o tasajo, frutas o legumbres, según lo que haya en la misión. Del mismo se sustentan el indio, gobernador del pueblo, el fiscal de la iglesia, los enfermos, los viejos impedidos y los niños y niñas de seis a doce años.

Demás de esto, cada semana se da la misma ración a todos los indios e indias de dos rancherías; porque todas por su orden y turno vienen cada semana de dos en dos a la cabecera, para renovar la instrucción en la doctrina y los ejercicios de la vida cristiana. Finalmente todos los domingos acuden a oír misa, rezar la doctrina y el rosario y cantar las letanías con el Padre, todas las rancherías que no están distantes por muchas leguas de la cabecera del pueblo, donde el Padre se halla de visita. A todos los que asisten se les da de comer, según se pueda, haciéndose lo mismo en la Semana Santa con todas las rancherías.

También el cura misionero viste a todos sus parroquianos de sayales, jergas, bayetas, palmillas y telas semejantes y los provee de mantas y frazadas, que de cuenta de su consignación de alimentos hace venir de Méjico. A los que pueden trabajar, donde hay proporción de alguna siembra, se les industria por los Padres en la labor y riego de las tierras, cuyo producto es solo para su propio bien, o bien lo recojan ellos, que al punto lo destrozán todo, o bien lo guarde el Padre para distribuírselo con concierto o para socorrer a otra misión más necesitada. El vino solo es el fruto que se les prohíbe, porque no se acostumbren a la embriaguez. Por esta razón, aunque son tan cortas las cosechas, siendo tan pocos los consumidores de vino en la California, han podido traerse algunas porciones a la Nueva España en trueque de otros géneros y frutos. Con los enfermos no sólo se

gasta cuanto hay en la casa del Padre para su asistencia, sino también las medicinas que éste dispone se les aplique. De manera que el misionero y cura de California no sólo ha de ejercitar todos los cargos de Padre de almas, y almas tan brutales y rudas, sino también todos los de padre de familia, todos los de maestro de los oficios mecánicos, desde labrador hasta cocinero, y los de ayo, médico, cirujano y enfermero de todos y esto sin la menor utilidad, interés o recompensa, gastando en ello su propio sustento, quitando el bocado de la boca, para dárselo a ellos» (1).

Con este espíritu de caridad paternal gobernaba el P. Salvatierra sus misiones de California. Iba ya entrando en la vejez el santo varón, cuando Dios le visitó con un doloroso mal de piedra, que le obligaba a pasar muchos días tendido en su pobre camilla. En tal estado se hallaba, cuando en el mes de Marzo de 1717 recibió una carta importante del P. Provincial, Gaspar Rodero. Anunciábale en ella, que el nuevo Virrey de Méjico, D. Gaspar de Zúñiga, Marqués de Valero, había llevado de Madrid, entre otros encargos, el de promover la misión de California. Mostrábase animado de muy buenos sentimientos y para proveer lo necesario a tan difícil empresa, deseaba primero conferenciar despacio con el fundador y superior de toda ella. Proponía, pues, el P. Provincial, que si era posible, pasase cuanto antes a Méjico el P. Salvatierra. Llevaba esta carta el P. Sebastián Tamaral, joven sevillano, de grandes alientos y fervoroso espíritu, que con el tiempo había de regar con su sangre la tierra de California.

No era tan fácil al ya anciano y achacoso misionero emprender este camino. Sin embargo, en vista del gran bien que podía resultar a la misión, no vaciló un instante. Dejando, como la otra vez, por superior al P. Juan de Ugarte, y recogiendo todos sus papeles, se embarcó en compañía del H. Jaime Bravo el 31 de Marzo de 1717. Nueve días emplearon en atravesar el golfo; pero apenas saltaron en tierra sintióse tan mal el misionero, que no podía caminar ni a pie ni a caballo. Fué necesario transportarle en hombros de indios, y de esta manera, con largas detenciones y muchas molestias, llegó por Mayo a Guadalajara. Allí le pusieron en cura y se hicieron especiales rogativas por su salud; pero no se pudo vencer la fuerza de la enfermedad. Después de

(1) *Noticia de la California*, t. II, p. 242.

dos meses de agudos padecimientos, el P. Juan María Salvatierra, confortado con todos los socorros de la religión, expiró santamente el 17 de Julio de 1717. Tenía sesenta y nueve años de edad y había trabajado treinta y siete en las misiones de Nueva España (1).

4. El H. Jaime Bravo recogió cuidadosamente los papeles del difunto y presentóse con ellos en Méjico. Enterado de todos ellos el P. Provincial, los mostró él mismo al Virrey y ya por sí, ya por medio del H. Bravo, dió a Su Excelencia todas las explicaciones que podía desear sobre la misión de California. Para estudiar a fondo la cuestión, el Marqués de Valero dispuso que se reuniera una gran junta de los hombres principales de la ciudad, marinos, militares y togados, a la cual asistiesen el P. Rodero, Provincial, el P. Alejandro Romano, procurador de California, y el H. Jaime Bravo. Mandó que se leyeran en esta junta todas las cédulas reales sobre California y los otros memoriales y escritos que llevaba consigo el difunto P. Salvatierra. Además se leyeron con mucha atención dos escritos redactados por el H. Jaime Bravo a indicación del mismo Virrey. En el primero explicaba el Hermano los principios de aquellas misiones, las tierras que hasta entonces se habían descubierto en California y los trabajos que habían ejecutado los misioneros para colonizar el país. En el segundo declaraba los medios que se podrían adoptar en adelante para promover aquella difícil misión (2).

Pedía el Hermano que se pusiesen 50 soldados, porque los pocos que había eran insuficientes para el resguardo de los misioneros. Proponía que se levantase un presidio en la parte meridional de California, por ejemplo, en La Paz o en el mismo Cabo de San Lucas. Además pedía que se formase un pequeño seminario para educar niños californios, y, por último, rogaba que se aplicasen a la misión ciertas salinas que había en la Isla del Carmen, situada enfrente de Loreto, y podían dar algún producto sin perjuicio de nadie a los pobres misioneros. Añadió otras peticiones de menos importancia, y, por último, insistía en que para todos estos gastos se pagasen efectivamente los 13.000 pesos que ya antes había concedido Su Majestad.

(1) Véase el capítulo 13 del P. Venegas (p. 283) donde explica los últimos trabajos y la muerte del P. Salvatierra.

(2) Véanse explicadas estas negociaciones del H. Jaime Bravo en Venegas. *Noticia de la California*, t. II, desde la página 297 en adelante.

Consideradas todas estas proposiciones, parecieron muy justas y razonables a toda la Junta. Mas he aquí que, después de ella, recapacitando el Fiscal Mendoza sobre la concesión, juzgó que sería imposible atender con 13.000 pesos a tantas obligaciones, y que los gastos serían indudablemente mucho mayores de lo que sonaban en la petición. Habló despacio con el Virrey y le infundió los mismos temores, por lo cual Su Excelencia determinó restringir lo concedido. En vano el H. Bravo le dió nuevas explicaciones. Concedía el Marqués de Valero que todas las peticiones eran justas y confesaba que estaría bien empleado cualquier dinero en una empresa tan santa. Pero el estado de la hacienda pública en Méjico era tal, que temía no fuese gravemente reprobada su conducta en Madrid, si le veían gastar grandes sumas en la misión de California. Después de muchos cálculos, modificaciones y proyectos, por fin dispuso el Virrey que hubiese 25 soldados en California, y consignó para la paga de soldados y marineros 18.275 pesos. Mandó, además, pagar 3.023 pesos por algunas deudas sueltas que había dejado el P. Salvatierra, y se hizo comprar a costa del Estado, en 4.000 pesos, una embarcación que se adjudicó a California. En esta compra, como en todas las que antes se habían hecho de algunos barcos, se padeció un grave engaño. La embarcación tenía podrida la quilla, y un año después se hundió miserablemente. Las otras peticiones se dilataron para más adelante. Aunque no logró cuanto quería el diligente H. Jaime Bravo, su negociación fué muy útil a California, pues en vez de los 6.000 pesos que antes se daban a las misiones, empezaron éstas a recibir 13.000, fuera de algunos otros favores que les dispensó el Virrey.

Por Julio de 1718, despachados estos negocios, y hechas otras provisiones importantes, partióse para California el H. Jaime Bravo, llevando consigo al P. Sebastián de Sistiaga, profesor de Méjico, que había pedido consagrarse a tan difícil misión. Mucho se alegró el P. Juan de Ugarte con la venida del Hermano y con las ventajas que había obtenido para los pobres misioneros. Concibió entonces un proyecto que a primera vista pareció a todos una locura. Hasta entonces todas las embarcaciones que se habían comprado para el transporte de vituallas, habían perecido miserablemente por la malicia de los vendedores que habían hecho aceptar a los jesuitas un género averiado. Lo mismo sucedería con la nueva embarcación que les había comprado el Virrey.

En esto no se engañó el P. Ugarte, como lo mostró la experiencia el año siguiente.

Concibió, pues, el proyecto de fabricar por sí mismo un barco de toda satisfacción. Pero, ¿cómo hacer esto en California, donde ni se hallaban maderas, ni clavazón, ni jarcias, ni brea, ni otro apresto para tal fábrica, ni los oficiales necesarios para la construcción? Imposible pareció tal empresa; mas para el P. Ugarte no había imposibles, tratándose de sostener la misión de California. Oyó decir a los indios, que al Norte de Loreto, como unas 70 leguas, existían árboles grandes y corpulentos. Hizo venir de Méjico un maestro constructor y varios oficiales a Loreto. Acompañado del P. Sistiaga, de dos soldados y de algunos indios, pasó con el maestro a reconocer los árboles. Descubrieronlos efectivamente, pero en cierto bosque muy mediterráneo que distaría unas 30 leguas del puerto de Mulegé, donde se podrían embarcar. El maestro observó las condiciones del terreno, declaró imposible transportar aquellos árboles hasta la playa. El P. Ugarte replicó que el transporte quedaba a su cuidado. Volvieron luego a Loreto y el animoso misionero dió las órdenes convenientes y dispuso las cosas para poder estar ausente algunos meses. Después reuniendo un gran número de indios y gran cantidad de bueyes y mulas, y llevando tres oficiales, se dirigió al bosque donde estaban los árboles. Allí se alojó en una pobre choza, y en cuatro meses de trabajo se cortaron y desbastaron las maderas, se abrió el camino de 30 leguas y se condujeron hasta la playa los árboles cortados.

Además de los indios cristianos que el P. Ugarte había llevado consigo, tuvo maña para atraer y domesticar a muchos indios gentiles de aquellos contornos que le ayudaron más o menos en estas duras faenas. Transportados los árboles a Mulegé, no fué difícil lo restante de la obra. El P. Ugarte metió fuego así a los oficiales españoles como a los indios de servicio, y al cabo de pocos meses, el 14 de Setiembre de 1719, tuvo el consuelo de botar al agua la primera embarcación construída en California. Era una balandra a la que el P. Ugarte impuso el nombre *El triunfo de la Cruz*, en memoria de la fiesta que aquel día se celebra (1). Asombra verdaderamente el celo y actividad de aquel admirable misionero. Hasta entonces había sido labrador, ganadero, alba-

(1) Venegas, *Noticia de la California*, t. II, p. 316.

ñil, médico, caminero, cirujano y no sé cuántas cosas más. ¿Quién pudiera pensar que había de llegar a ser naviero?

Al mismo tiempo que se ejecutaba esta obra en Mulegé, recibió la misión un nuevo Padre misionero, por un camino bien inesperado. El P. General, Miguel Angel Tamburini, debió quedar muy satisfecho de la feliz negociación que el año antes había conducido en Méjico el H. Jaime Bravo. Como por otra parte recibiese tan buenas noticias así de las virtudes religiosas como de la cultura intelectual de este Hermano, dispuso que se ordenase de sacerdote. Envió esta orden a Méjico y al instante se puso en ejecución. Por Setiembre de 1719 el H. Bravo se encaminó a Cinaloa para recoger provisiones como otros años, y llevarlas a la misión. Apenas saltó en tierra, le llegó una carta del P. Provincial en que le anunciaba las órdenes que habían venido de Roma acerca de su persona. Mandábale, pues, ir a Guadalajara, donde el señor Obispo ya estaba prevenido para ordenarle de sacerdote. Obedeció sin réplica el buen Hermano, presentóse en Guadalajara, y allí, en tres días consecutivos, según los privilegios de la Compañía, recibió las tres órdenes mayores (1).

Con ocasión sin duda de las órdenes dejó al señor Obispo de Guadalajara un breve escrito en que le daba noticias que debemos conservar sobre la misión de California. Con fecha 16 de Noviembre de 1719 dice el nuevo sacerdote al Prelado: «Hay hoy en California doce misiones fundadas por bienhechores de la ciudad de Méjico, quienes a ruegos de los jesuitas han gastado gloriosamente sus caudales en fundarlas con 10.000 pesos de principal cada una, haciendo gran servicio a Dios y al Rey, que sin gasto alguno de su real hacienda tiene estos ministros en aquel reino costeados de sus piadosos vasallos. Hay empleados a favor de dichas misiones, catorce religiosos, los once en la asistencia inmediata de aquellas nuevas cristiandades y tres que residen en Méjico y en las haciendas en que están fincados los principales de las fundaciones. Estos religiosos cuidan dichas haciendas, despachan los avíos y limosnas anuales a los misioneros y corren con todos los negocios de California, para que los que allá residen puedan atender al fin principalísimo de la reducción de tanto gentil a nuestra santa fe» (2).

(1) Archivo de Indias, 67-5 14.

(2) *Ibid.*, 67-3-29.

Podemos redondear estas noticias con las que añade el Padre Gaspar Rodero, en su memorial ya citado, de 1738: «Desde 1703, dice, hasta el año de 1720, tenían ya los Padres en pacífica posesión ciento veinte leguas de Norte a Sur con todo el grueso de cuarenta leguas de mar a mar. Fuera de dichas ciento veinte leguas, por dicho año de 1720, tenían ya descubiertas los jesuitas otras cincuenta leguas que corren hasta el Cabo de San Lucas, que es el remate de California por la parte de Sur, línea recta, donde hay naciones, nombradas la Guaicura y la Cora, con mucho número de gentiles, de los cuales en el referido año redujeron tres rancherías» (1). Tal era el estado de la misión californica en el año 1720.

5. Entretanto el nuevo sacerdote P. Jaime Bravo, habiase presentado en Méjico llamado por el P. Provincial. Allí negoció prudentemente como dos años antes a favor de su querida misión y obtuvo nuevos favores. Por de pronto consiguió que le diesen una nueva embarcación porque la construída por el P. Ugarte no podía bastar para todas las atenciones de una misión que se iba extendiendo tanto por el Norte y por el Sur. Él mismo se encaminó al puerto y reconoció la nave que le habían adjudicado. Gracias a Dios no tenía los vicios ocultos que habían hecho inservibles a las primeras embarcaciones. Más que del Virrey consiguió el P. Jaime, de nuestro grande amigo el Marqués de Villapiente. Además de otras larguezas menores, conversando los dos acerca de la nación Guaicura, que empezaba a reducirse, ofrecióse el Marqués a fundar en aquel parage una nueva misión y mostró deseos de que la fundase el mismo P. Bravo. Éste se ofreció con toda su alma a semejante empresa y el Marqués le alargó en seguida los 10.000 pesos que se requerían para la fundación (2). Alegre con tal donativo y recogiendo otras limosnas que supo agenciar en Méjico, se volvió el P. Bravo a California a fines de 1720.

Al instante empezó a tomar las providencias necesarias para fundar una misión entre los Guaicurus. Se escogió un sitio que todavía se llama La Paz, al Sur de la ensenada de este nombre. Allí empezó el P. Jaime Bravo, por de pronto, a estudiar la lengua de los Coras, y cuando pudo darse a entender, fué convo-

(1) Archivo de Indias, 67-3-29.

(2) Venegas, t. II, p. 320.

cando poco a poco en torno suyo a los indios de aquellas tierras. Emprendió con ellos la construcción de una pobre iglesia de adobes y con los trabajos ya repetidos en otras misiones, fué instruyendo y civilizando a los pobres salvajes. Siete años continuos, desde 1721 hasta 1728, perseveró en aquel puesto y tuvo el consuelo de dejar una cristiandad, cuyo nombre y recuerdo no se ha extinguido todavía. Con trabajos semejantes fundaba al mismo tiempo el P. Helen la misión de Cuadalupe.

En el mismo año 1721 se hicieron por nuestros Padres dos reconocimientos útiles en la Península de California. El P. Clemente Guillén, enviado por el P. Ugarte, visitó la costa occidental de California hacia la parte del Sur. Ya se tenían noticias de la bahía de Magdalena, visitada años atrás por un capitán español. Ahora el P. Guillén pudo precisar perfectamente la situación y las condiciones de esta bahía, que es, según dicen, el mejor puerto natural que existe en las costas de la actual república mejicana. Mucho más importante fué la excursión que el P. Ugarte hizo por las costas orientales de California hasta el río Colorado. Persistían algunos españoles de aquel tiempo en imaginarse que la California era isla, y trataban de visionario al difunto P. Kino que había descubierto su unión con el continente. Deseábase esclarecer esta duda geográfica y el P. Ugarte juzgó que podría llevar a cabo este reconocimiento con su balandra *El Triunfo de la Cruz*.

Pero en este negocio las razones geográficas era lo de menos. Lo importante para nuestro misionero era comunicarse por tierra con las misiones septentrionales de Nueva España. Habían subido éstas, como veremos, hasta los ríos Gila y Colorado. Por otra parte la travesía del golfo de California era sumamente trabajosa para las ruines embarcaciones de que podían disponer. Sería, pues, gran ventaja para las misiones californicas el darse la mano con las de Sonora y recibir, por consiguiente, de estas muchos artículos que les faltaban en aquella estéril Península. Resuelto a explorar la posibilidad de esta obra, el P. Juan de Ugarte se embarcó en su balandra a mediados de Mayo. No referiremos las molestias que hubo de padecer, los vientos y temporales que le pusieron en inminente peligro de naufragio y las variadísimas peripecias de esta excursión (1). Bástenos saber que en

(1) Pueden leerse los pormenores de ella en Venegas, t. II, desde la página 352 en adelante.

el espacio de cuatro meses fué registrando las costas orientales de California y también muchos puntos de la Sonora. Penetró en el río Colorado y pudo cerciorarse una vez más de que era verdad cuanto había escrito el P. Kino sobre la condición de aquellos países. Lo más sensible de este viaje fué que se alteró bastante la salud hasta entonces inquebrantable de nuestro misionero. Contrajo un molesto reuma por las grandes humedades y a su vuelta padecía otras indisposiciones que él no acertaba a explicar. Ofreciólo todo a Nuestro Señor y volvió a situarse en la misión de San Javier que era hasta entonces y lo fué hasta su muerte su residencia habitual.

En los años siguientes a 1721, llegaron algunos nuevos operarios a la misión, entre los cuales no debemos omitir a los Padres Guendulain y Echevarría que fueron enviados por nuestro P. General como visitantes de California. Por el mismo tiempo se echaron los cimientos de dos nuevas misiones en las regiones del Sur. El P. Guillén estableció la una con el nombre de Nuestra Señora de los Dolores, a la cual se añadió el nombre del Sur para distinguirla de otra que llevaba la misma advocación en el Norte. Con esto puede decirse que habían evangellizado los jesuitas a toda la parte meridional de la península californica.

Con este brío avanzaban nuestros misioneros en la conquista espiritual de aquella tierra ingrata y estéril, cuando en el espacio de dos años consecutivos faltaron los dos hombres más antiguos y beneméritos de aquella misión, los PP. Picolo y Ugarte. El primero había entrado en California, como vimos en el tomo anterior, pocos días después del P. Salvatierra, en Octubre de 1697. Siete años después, por orden del mismo Padre, había pasado a Cinaloa y a Méjico para buscar socorros a los misioneros. Tras esta ocupación le vino otra más importante, como fué el visitar en nombre del Provincial las misiones septentrionales de Nueva España. Este ministerio importantísimo le obligó a estar ausente de la suya varios años. Pero cuando la obediencia le descargó de este oficio, volvió apresuradamente a su querida misión de California. En ella consumió los últimos años de su vida afanándose con todo el celo apostólico de que era capaz. Cuando ya se sentía inhábil por sus achaques para los ministerios apostólicos, en 1728, fué llamado el P. Jaime Bravo a la misión de Loreto, para sustituir y también para asistir en sus enfermedades al P. Picolo. Algunos meses vivieron juntos los dos misioneros,